

más tratamos de definir, tanto más se nos escapa.

¿Será, pues, imposible que en el actual estado de la sociedad, el taller con su organización gerárquica y las máquinas, en vez de favorecer exclusivamente los intereses de la clase menos numerosa, menos trabajadora y más rica, sean empleados de manera que redunden en bien de todos?

Esto vamos á examinar.

§ III. Preservativos contra la desastrosa influencia de las máquinas.

Reduccion de mano de obra, es sinónimo de baja de precio, y por consecuencia de aumento de cambios, puesto que el consumidor compra siempre más si paga menos.

Pero reduccion de mano de obra, es también sinónimo de restriccion del mercado, puesto que si el comprador gana menos, comprará también menos. Así sucede en efecto. La concentracion de fuerzas en el taller, y la intervencion del capital en la produccion bajo el nombre de máquinas, engendran á la vez la excesiva produccion y la miseria; azotes más espantosos que el incendio y la peste, que todo el mundo ha visto desarrollarse en nuestros días, en la más vasta escala, y con voraz intensidad. Es, empero, imposible que retrocedamos: conviene producir, producir siempre y producir barato; sin esto, la existencia de la sociedad estaria gravemente comprometida. El trabajador, que para salvarse del embrutecimiento con que le amenazaba el principio de division, habia creado tantas maravillosas máquinas, se encuentra por sus propias obras ó inhabilitado ó subyugado. ¿Qué medios se proponen contra esa alternativa?

El Sr. Sismondi, con todos los hombres de ideas patriarcales, quisiera que se abandonase la division

del trabajo con las máquinas y las fábricas, y volviese cada familia al sistema de indivision primitiva, es decir, *al cada uno en su casa, cada uno para sí*, en la acepcion más literal de la palabra. — Pero esto es retroceder, y por lo tanto imposible.

El Sr. Blanqui vuelve á la carga con su proyecto de participacion del obrero en los beneficios y el establecimiento en comandita de todas las industrias en provecho del trabajador colectivo. — He demostrado ya que este proyecto comprometia la fortuna pública sin mejorar de una manera ostensible la suerte de los trabajadores; y el mismo Sr. Blanqui parece haberse adherido á la misma opinion. ¿Cómo conciliar, en efecto, esta participacion del obrero en los beneficios con los derechos de los inventores, empresarios y capitalistas, de los cuales unos tienen que reembolsarse de fuertes anticipos y de largos y penosos esfuerzos, otros han de exponer sin cesar su fortuna ya adquirida y correr solos los riesgos de empresas muchas veces muy aventuradas, y en que los terceros, por fin, no podrian sobrellevar una reduccion en el tipo de sus intereses sin perder en cierto modo sus ahorros? ¿Cómo, en una palabra, hacer compatible la igualdad que se quisiera establecer entre los trabajadores y los maestros, con la preponderancia que no es posible quitar á los jefes de los establecimientos, á los comanditarios ni á los inventores, preponderancia que implica claramente para ellos el goce exclusivo de los beneficios? Decretar por una ley la participacion de los jornaleros en los beneficios de los maestros, seria decretar la disolucion de la sociedad: los economistas lo han comprendido tan bien, que han terminado por convertir en una súplica á los maestros lo que en un principio habian concebido como un proyecto. Ahora bien, interin el hombre asalariado no goce de otro provecho

que el que le deje el empresario, puede contar con una indigencia eterna: no está en manos de los actuales dueños del trabajo que otra cosa suceda.

Además, la idea, por otra parte muy laudable, de asociar á los obreros con los maestros, tiende á esta conclusion comunista evidentemente falsa en sus premisas. El último fin de las máquinas es hacer al hombre rico y feliz sin que tenga necesidad de trabajar. Puesto, pues, que los agentes naturales deben hacerlo para nosotros todo, las máquinas han de pertenecer al Estado, y el objeto del progreso es el comunismo.

Examinaré en su lugar la teoría comunista.

Pero creo deber anticipar desde luego á los partidarios de esta utopia que la esperanza en que se mecen, á propósito de las máquinas, no es más que una ilusion de economistas, algo como el movimiento continuo, que se busca siempre y no se encuentra nunca, porque se pide á quien no puede darlo. Las máquinas no andan solas: para tenerlas en movimiento es indispensable organizar á su alrededor un servicio inmenso, de tal suerte, que al fin el hombre, creándose tanta más tarea cuanto más se surte de instrumentos, más que en distribuir el producto de las máquinas se ha de ocupar en alimentarlas, es decir, en renovar incesantemente su motor, no siendo esto para él pequeño trabajo. Ahora bien, ese motor no es el aire, ni el agua, ni el vapor, ni la electricidad, sino el trabajo, es decir, el mercado, el consumo.

Un ferro-carril suprime en toda la línea que recorre, el transporte por ruedas, las diligencias, los guarnicioneros, los silleros, los carreteros, los posaderos: aprecio el hecho un instante despues del establecimiento del camino. Supongamos que el Estado por medida de conservacion ó por principio de

indemnizacion hace á los industriales despojados por el ferro-carril, propietarios ó explotadores de las vías: quedando reducidos los precios de transporte de un 25 por 100 (sin esto ¿á qué el camino?), se encontrará disminuida en una cantidad igual la renta ó sean los beneficios de sus industriales, lo que equivale á decir que una cuarta parte de las personas que ántes vivian del transporte por ruedas se encontrarán, á pesar de la munificencia del Estado, literalmente sin recursos. Para hacer frente á este déficit no tendrán más que una esperanza, y esta será la de que aumente en un 25 por 100 la masa de los transportes verificados por la línea, ó la de que encuentren ocupacion en otras categorías industriales; cosa que se presenta desde luego imposible, puesto que tanto por la hipótesis, como por el hecho, todos los destinos están ocupados, la proporcion es la misma en todas partes, y la oferta basta á la demanda.

Conviene, sin embargo, si se quiere que aumente la masa de los transportes, que se dé un nuevo estímulo al trabajo de las demás industrias. Admitiendo ahora que se emplee en este aumento de produccion á los trabajadores cesantes por causa de la via férrea, y sea su distribucion en las diversas categorías del trabajo de tan fácil ejecucion como lo prescribe la teoría, se estará áun léjos de haber vencido la dificultad. Porque siendo el personal de la circulacion al de la produccion como 100 es á 1000, para obtener la misma renta que ántes con una circulacion una cuarta parte ménos cara, ó en otros términos, una cuarta parte más poderosa, será preciso reforzar tambien la produccion una cuarta parte, es decir, añadir á la milicia agrícola é industrial, no ya 25, cifra que indica la proporcionalidad de la industria de carruajería, sino 250. Mas para llegar á este resultado será indispensable crear máquinas, y lo que peor

es, hombres, lo cual retrotrae la cuestion al mismo punto. Así contradiccion sobre contradiccion: no sólo falta el trabajo al hombre á causa de la máquina, sino que tambien falta á la máquina el hombre á causa de su debilidad numérica y la insuficiencia de su consumo; de suerte que mientras se espera que se restablezca el equilibrio, hay á la vez falta de trabajo y de brazos, falta de productos y falta de mercados. Y lo que decimos del ferro-carril es cierto respecto de todas las industrias: se persiguen siempre el hombre y la máquina, sin que el primero pueda alcanzar nunca el reposo, ni la segunda verse satisfecha.

Cualesquiera que fuesen, por lo tanto, los progresos de la mecánica, áun cuando se inventasen máquinas cien veces más maravillosas que la *mule-jenny*, el telar para calcetas y la prensa de cilindro; áun cuando se descubriesen fuerzas cien veces más poderosas que el vapor; léjos de emancipar esto la humanidad ni de procurarla ocios, ni de hacerle gratuita la produccion de los objetos, no haria más que multiplicar el trabajo, provocar el aumento de poblacion, agravar la servidumbre, hacer más cara la vida, y ahondar el abismo que separa la clase que manda y goza de la que obedece y sufre.

Supongamos ahora vencidas todas estas dificultades; supongamos que los trabajadores que deja el ferro-carril disponibles basten para ese aumento del servicio que reclama el alimento de la locomotora. No habiéndose efectuado la compensacion de una manera brusca, no habrá quien sufra; al contrario, aumentará ántes el bienestar de cada cual por el beneficio que obtenga la vía férrea sobre el transporte por ruedas. ¿Quién, pues, se me preguntará, impide que pasen las cosas con esa regularidad y precision? ¿Ni qué cosa más fácil para un gobierno inteligente, que

verificar de este modo todas las transiciones industriales?

He llevado la hipótesis tan léjos como era posible, á fin de manifestar por una parte el objeto á que la humanidad se dirige, y por otra, las dificultades que ha de vencer para alcanzarlo. En lo que á las máquinas concierne, está seguramente dentro del órden providencial que se realice el progreso de la manera que acaba de decirse; pero lo que estorba la marcha de las sociedades y las lleva de Scila á Caribdis, es justamente el hecho de no estar organizadas. No hemos llegado, pues, sino á la segunda de sus evoluciones, y hemos encontrado ya en nuestro camino dos abismos, al parecer insuperables: la division del trabajo y las máquinas. ¿Cómo conseguir que el trabajador parcelario, si es hombre de inteligencia, no se embrutezca, y si está ya embrutecido, vuelva á la vida intelectual? ¿Cómo, en segundo lugar, crear entre los trabajadores esa solidaridad de intereses sin la que el progreso industrial cuenta sus pasos por sus catástrofes, cuando esos mismos trabajadores están profundamente divididos por el trabajo, el salario, la inteligencia y la libertad, es decir, por el egoismo? ¿Cómo, por fin, conciliar lo que los progresos ya verificados hacen inconciliable? Apelar á la mancomunidad y á la fraternidad, seria anticiparnos: no hay nada de comun ni puede existir fraternidad entre criaturas tales como las que ha formado la division del trabajo y el servicio de las máquinas. Por ahora, á lo ménos, no hemos de buscar por este lado solucion alguna.

Pues bien, se dirá; puesto que el mal está aún más en las inteligencias que en el sistema, insistamos en la enseñanza, trabajemos por la educacion del pueblo.

Para que sea útil la instruccion, para que pueda

ser recibida, es ante todo indispensable que sea libre el educando, así como ántes de sembrar una tierra cualquiera, se la muelle con el arado y la quitan las espinas y la grama. El mejor sistema de educacion, por otra parte, áun en lo relativo á la moral y á la filosofía, seria el de la educacion profesional. Ahora bien, ¿cómo se ha de poder conciliar esta educacion con la extremada division del trabajo y el servicio de las máquinas? ¿Cómo el hombre, que por efecto de su trabajo se ha hecho un esclavo, es decir, un mueble, una cosa, ha de volver á ser persona por medio del mismo trabajo, ó sea continuando en el mismo ejercicio? ¿Cómo no se ve que esas ideas chocan entre sí, y si por acaso el proletario, cosa punto ménos que imposible, pudiera llegar mañana á adquirir cierto grado de inteligencia, se serviria desde luego de ella para trastornar la sociedad y cambiar todas las relaciones civiles é industriales? Y no se tome por vana exageracion lo que estoy diciendo. La clase jornalera en París y en las grandes ciudades, es muy superior por sus ideas á lo que era hace veinticinco años; y quiero que se me diga si no es decidida y enérgicamente revolucionaria. Lo llegará indudablemente á ser cada dia más, á medida que adquiriera las ideas de justicia y de orden, á medida, sobre todo, que vaya comprendiendo el mecanismo de la propiedad.

El lenguaje, permítaseme que vuelva una vez más á las etimologías, el lenguaje, digo, me parece que ha expresado con bastante limpieza la condicion moral del trabajador, despues que ha sido, por decirlo así, *despersonalizado* por la industria. En latin, la idea de servidumbre implica la de subalternacion del hombre á las cosas; y cuando más tarde el derecho feudal declaró al siervo *pegado á la gleba*, no hizo más que traducir por una perifrasis el sentido

literal de la palabra *servus* (18). La razon espontánea, oráculo de la misma fatalidad, habia por lo tanto condenado al obrero subalterno, ántes de haberle declarado indigno la ciencia. Despues de esto, ¿qué han de poder los esfuerzos de la filantropía para unos séres que la Providencia ha rechazado?

El trabajo es la educacion de nuestra libertad. Sintieron profundamente esta verdad los antiguos cuando distinguieron las artes serviles de las artes liberales. Porque á tal perfeccion, tales ideas; á tales ideas, tales costumbres. Todo toma en la esclavitud el carácter de la bajeza: los hábitos, los gustos, las inclinaciones, los sentimientos, los placeres: hay en ella una subversion universal. ¡Ocuparse de la educacion de las clases pobres! Esto es crear en esas almas degeneradas el más atroz antagonismo; esto es inspirarles ideas que el trabajo les haria insoportables, afecciones incompatibles con lo grosero de sus costumbres, placeres cuyo sentimiento está en ellos embotado. Si pudiese semejante cosa realizarse, en vez de hacer del trabajador un hombre, se habria hecho un demonio. Estúdiense esas fisonomías que pueblan las cárceles y los presidios, y dígasenos si no pertenecen en su mayor parte á hombres á quienes ha encontrado demasiado débiles y ha desmoralizado y muerto la revelacion de la belleza, de la elegancia, de la riqueza, del bienestar, del honor, de la ciencia, de todo lo que constituye la dignidad del hombre.

«Cuando ménos, dicen los ménos audaces, convendria fijar los salarios, redactar para cada industria aranceles que fuesen aceptados por oficiales y maestros.»

El Sr. Fix es quien ha presentado esta hipótesis salvadora, y contesta victoriosamente:

«Esos aranceles se han hecho en Inglaterra y otras partes, y se sabe ya lo que valen; no bien han

sido en todas partes aceptados, cuando los han quebrantado maestros y oficiales.»

Las causas de esa violacion de los aranceles son fáciles de comprender: lo son las máquinas, y las incesantes combinaciones de la industria. Conviénese en un arancel en un momento dado, y de pronto sobreviene una nueva invencion, que da á su autor medio de hacer bajar el precio de la mercancía. ¿Qué han de hacer los demás productores? O han de dejar de fabricar despidiendo á sus jornaleros, ó les han de proponer una rebaja de salario. No les queda otro partido que tomar, en tanto que descubran á su vez un procedimiento por medio del cual, sin rebajar los salarios, puedan producir con más baratura que sus rivales; lo cual equivaldria aún á otra supresion de obreros.

El Sr. Leon Faucher parece que se inclina al sistema de las indemnizaciones. Dice:

«Concebimos que por un interés cualquiera el Estado, que representa el voto general, imponga el sacrificio de una industria.»—Se entiende que la impone siempre, por el mero hecho de conceder á cada cual la libertad de producir y de protegerla y defenderla contra todo ataque.—«Pero esta es una medida extrema, una experiencia siempre peligrosa que debe ir acompañada de todos los miramientos posibles para con los individuos. El Estado no tiene el derecho de quitar á una clase de ciudadanos el trabajo de que viven, sin haber ántes provisto de otro modo á su subsistencia, ó haberse cerciorado de que encontrarán en una nueva industria el empleo de su inteligencia y de sus brazos. En todos los países civilizados es un principio inconcuso que el gobierno no puede, ni aun por causa de utilidad pública, apoderarse de una propiedad particular sin haber prévia y debidamente indemnizado al propietario. Ahora bien, el trabajo nos

parece una propiedad tan legítima y tan sagrada como un campo ó una casa, razon por la cual no comprendemos que se le expropie sin indemnizacion de ningun género...

»Por tan quiméricas tenemos las doctrinas que ven en el gobierno el proveedor universal de trabajo para la sociedad, como nos parece justo y necesario que no se perturbe el trabajo en nombre de la utilidad pública sin una compensacion ó transicion, ni se inmolen individuos ni clases á la razon de Estado. El poder, en las naciones bien constituidas, tiene siempre tiempo y dinero para atenuar esos sufrimientos parciales. Precisamente porque la industria no emana de él, precisamente porque nace y se desarrolla bajo el libre é individual impulso de los ciudadanos, está obligado el gobierno á ofrecerle una especie de reparacion ó indemnizacion desde el momento en que perturbe su marcha.»

No se dirá que no hable el Sr. Leon Faucher á las mil maravillas: mas, diga lo que quiera, pide la organizacion del trabajo. Hacer que *no se verifique trastorno alguno en el trabajo sin una compensacion ó transicion ni sean jamás inmolados individuos ni clases á la razon de Estado*, es decir, al progreso de la industria y de la libertad de empresa, ley suprema del Estado, es indudablemente constituirle, de la manera que determinen luego las futuras leyes, en *proveedor del trabajo para la sociedad* y en guardian de los salarios. Y como, segun hemos dicho repetidas veces, el progreso industrial, y por consecuencia, el trabajo de descomposicion y recomposicion en la sociedad es continuo, no se trata de encontrar una transicion particular para cada una de las innovaciones que ocurran, sino un principio general, una ley orgánica aplicable á todos los casos posibles que produzca efectos por sí misma. ¿Se

halla el Sr. Leon Faucher en estado de formular esta ley y conciliar los diversos antagonismos que hemos descrito? No, puesto que se fija con preferencia en la idea de una indemnizacion. *El poder, dice, en las naciones bien organizadas, tiene siempre tiempo y dinero para amortiguar esos sufrimientos parciales.* Siento decirlo por ver cuán generosas son las intenciones del Sr. Faucher: esas intenciones me parecen radicalmente impracticables.

El poder no tiene más tiempo ni más dinero que el que saca á los contribuyentes. Indemnizar con el impuesto á los industriales desalojados por los nuevos inventos, seria condenar al ostracismo esas mismas invenciones é imponer el comunismo por medio de las bayonetas; lo cual no es resolver el problema. Es inútil insistir más en la indemnizacion por el Estado. La indemnizacion, aplicada segun las ideas del señor Faucher, ó conduciría al despotismo industrial, á algo parecido al gobierno de Mehemet-Alí, ó degeneraría en una contribucion de pobres, es decir, en una vana hipocresía. Para bien de la humanidad, vale más no indemnizar, y dejar que el trabajo busque por sí mismo su constitucion eterna.

Los hay que dicen: Lleve el gobierno á los trabajadores desocupados á donde no se halle aún establecida la industria privada, esto es, á los trabajos que no están al alcance de las empresas individuales. Tenemos montes por repoblar, cinco ó seis millones de hectáreas de tierra por descuajar, canales por abrir, y finalmente, mil cosas de utilidad inmediata y general por emprender.

«Perdónennos nuestros lectores, contesta á esto el Sr. Fix; no podemos ménos de hacer intervenir aquí el capital. Esas tierras, exceptuando algunas de las concejiles, están incultas, porque cultivadas no producirían beneficio alguno ni cubrirían probablemente

los gastos de cultivo. Están esas tierras poseidas por propietarios que tienen ó no el capital necesario para beneficiarlas. En el primer caso, el propietario se contentaria muy probablemente, si las cultivase, con un pequeñísimo beneficio, y renunciaria tal vez á lo que se llama la renta de la tierra; pero ha encontrado que emprendiendo ese cultivo perderia su capital de fundacion, y le han demostrado otros cálculos suyos que la venta de los productos no cubriría sus gastos. Examinado todo bien, esas tierras permanecerian, pues, incultas, porque el capital que en ellas se emplease, no produciría nada y se perderia por completo. Si otra cosa sucediese, todos esos terrenos serian al punto reducidos á cultivo; las economías que toman hoy otro rumbo, irian necesariamente hasta cierto punto á colocarse en empresas territoriales, porque el capital no tiene afecciones ni atiende más que á intereses, y busca siempre el empleo que sea á la vez más seguro y más lucrativo.»

Este razonamiento, muy bien motivado, equivale á decir que no ha llegado aún para Francia la hora de reducir á cultivo sus baldíos, así como no ha llegado para los cafres y los hotentotes la de los ferro-carri-les. Porque, como he dicho en el capítulo II, la sociedad empieza siempre por lo más fácil, lo más seguro, lo más necesario y lo ménos costoso, y sólo poco á poco logra utilizar las cosas que son relativamente ménos productivas. No ha hecho otra cosa el género humano desde que se agita sobre la haz del globo: el cuidado es para él siempre el mismo, el de asegurar su subsistencia sin dejar de ir nunca descubriendo. Para que la reduccion á cultivo dé que se habla no sea una especulacion ruinosa, una causa de miseria, en otros términos, para que sea posible, es indispensable que multipliquemos aún más nuestros capitales y nuestras máquinas, descubramos nuevos

procedimientos, dividamos mejor el trabajo. Ahora bien, solicitar del gobierno que tome una iniciativa tal, es imitar á los campesinos, que al acercarse la tempestad se ponen á orar á Dios y á invocar el santo de su devoción. Los gobiernos, no se repetirá nunca bastante, son los representantes de la divinidad, he estado por decir, los ejecutores de las celestiales venganzas: nada pueden por nosotros. ¿Podría el gobierno inglés, por ejemplo, dar trabajo á los que se refugian en los workhaus? Aun cuando pudiese, ¿se atrevería? ¡Ayúdate, y Dios te ayudará! este acto de desconfianza popular para con la divinidad, nos dice lo que podemos esperar del poder... nada.

Llegados á la segunda estacion de nuestro calvario, en vez de entregarnos á estériles contemplaciones, mostrémonos cada vez más atentos á las lecciones del destino. La garantía de nuestra libertad está en el progreso de nuestro suplicio.

CAPÍTULO V.

TERCERA ÉPOCA.—LA CONCURRENCIA.

Entre la hidra de cien cabezas de la division del trabajo y el dragon indómito de las máquinas, ¿qué será de la humanidad? Lo ha dicho un profeta hace más de dos mil años: Satanás mira á su víctima, y está encendida la guerra, *Aspexit gentes, et dissolvit*. Para preservarnos de dos azotes, el hambre y la peste, la Providencia nos envía la discordia.

La concurrencia representa esa era de la filosofía en que habiendo una semi-inteligencia de las antinomias de la razon engendrado el arte del sofista, se confundieron los caracteres de lo falso y lo ver-

dadero, y no hubo ya en lugar de doctrinas sino las seductoras justas del ingenio. Así el movimiento industrial réproduce de una manera fiel el movimiento metafísico: la historia de la economía social está toda en los escritos de los filósofos. Estudiemos esa fase interesante, cuyo más pronunciado carácter es privar del juicio, tanto á los que creen, como á los que protestan.

§. I.—Necesidad de la concurrencia.

El Sr. D. Luis Reybaud, novelista de profesion, economista por azar, premiado por la Academia de Ciencias morales y políticas á causa de sus caricaturas anti-reformistas, y hoy uno de los escritores de más antipatía por las ideas sociales; el Sr. D. Luis Reybaud, digo, haga lo que quiera, no está por eso ménos profundamente imbuido de esas ideas mismas: la oposicion que hace con tanto estruendo no está ni en su corazon ni en su entendimiento, sino en los hechos.

En la primera edicion de sus *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conmovido el Sr. Reybaud por el espectáculo de los dolores sociales, tanto como por el valor de esos fundadores de escuelas que creyeron poder reformar el mundo con una explosion de sentimentalismo, habia dicho formalmente que de todos sus sistemas quedaba y sobrenadaba el principio de ASOCIACION. El Sr. Dunoyer, uno de los jueces del Sr. Reybaud, le consagra estas palabras, tanto más lisonjeras para el Sr. Reybaud, cuanto que son ligeramente irónicas:

«El Sr. Reybaud, que ha expuesto con tanta exactitud y talento en un libro premiado por la Academia francesa, los vicios de los tres principales sistemas reformistas, está por el principio que les es comun y